

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

Jesús resucita a Lázaro

Explicación. — Del Mesías había dicho Oseas: « ¡Oh, muerte, seré tu muerte! » (13, 14); Jesús va a triunfar de ella solemnemente:

Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, disponiéndose con indignación santa a la grande obra, como guerrero que va a librar un gran combate; quizás estimulado por la frase dubitativa de los que le acompañaban, fue al sepulcro. Era una gruta: acostumbraban los judíos enterrar sus muertos en cavernas, naturales o artificiales, cuya entrada se cerraba con una piedra de gran peso, para evitar que penetraran en las tumbas los malhechores o las fieras: Y habían puesto una piedra sobre ella, lo cual da a entender que la tumba de Lázaro era subterránea y que debía bajarse para llegar a ella. Señálase todavía en una de las pobres calles de Betania la entrada al sepulcro de Lázaro, adonde se baja por una escalera de veinticuatro peldaños muy desgastados; el descenso, que se hace a la luz de candelillas individuales, resulta incómodo y peligroso; al extremo inferior de la escalera está el vestíbulo, pieza de tres metros de lado, en que hay un pequeño altar donde se celebra misa alguna vez, y desde donde llamaría Jesús a Lázaro; y bajando tres peldaños más se entra en el sepulcro propiamente dicho: por la parte del vestíbulo estaría la piedra que lo cerraba.

Dijo Jesús: «Quitad la piedra». Resístese respetuosamente Marta, por el natural pudor que engendra el pensamiento de que pueda ser repugnante a los circunstantes el hedor de persona tan querida: Marta, que era hermana del difunto, y lo repite el Evangelista para explicar este natural sentimiento, le dice: «Señor, ya hiede, porque está de cuatro días»: así todos los sentidos podrán atestiguar la certeza de la muerte. Jesús, atajando el pensamiento de Marta, que no piensa ahora sino en la inmediata presencia de un cadáver en corrupción, le dijo: « ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? » Cede Marta al recordársele las altísimas palabras que le había dicho Jesús: Quitaron, pues, la piedra. El momento es emocionante: la presencia de un cadáver, la calidad del difunto, el mandato del Taumaturgo, el acompañamiento numeroso: todo da solemnidad al acto. Y Jesús, adoptando asimismo una actitud solemne, alzando los ojos a lo alto, gesto frecuente en quienes se disponen a orar, dijo, en alta voz: Padre, gracias te doy, porque me has oído: quiere probar con un milagro su divina misión para llevar a aquellos hombres a la fe; Jesús da gracias al Padre, porque le place este deseo. Yo bien sabía que siempre me oyes: podían los circunstantes pensar que Jesús ignoraba fuese en aquel caso oído; como podían creer que obraba en aquel momento Jesús por una delegación circunstancial; ambos errores quedan desvanecidos con la aserción del Señor: él ya lo sabía, el Padre le oye siempre. Y señala en seguida la finalidad apologética del milagro: lo hace para demostrar su íntima unión con el Padre, y para que el pueblo crea que es el enviado de Dios, como Hijo de Dios, tal cual les había dicho pocos días antes (Ioh. 10, 30). Mas, por el pueblo, que está alrededor, lo dije: para que

crean que tú me has enviado. Si no creen no tendrán excusa. Y habiendo dicho esto, es fácil imaginar la solemnidad del momento, gritó en alta voz, para que todos le oyesen y fuesen testigos de su poder sobre la muerte, diciendo: «¡Lázaro, ven afuera!», ven acá donde estamos nosotros los vivos: Y en el mismo punto, porque Dios habla y son hechas las cosas, salió el que había estado muerto, a dar con su obediencia testimonio de que Jesús es la resurrección y la vida, atados los pies y las manos con vendas, con cintas de lienzo, como solían hacerlo los judíos, colocando aromas en polvo entre el cuerpo y la envoltura, y cubierto el rostro con un sudario, que se ataba también alrededor de la cabeza y cara. Y para que no sólo le vieran vivo, sino hacer lo que los vivos hacen, Jesús les dijo: «Desatadle, y dejadle ir»; habían quedado pasmados ante el prodigio, y no ayudaban al resucitado para desfajarle.

Con ello acaba la narración del estupendo prodigio. Ni una palabra de lo que hizo entonces Lázaro, de su vida posterior, del gozo de las hermanas, de los sentimientos de la concurrencia: sublime concisión, que es una marca de la absoluta verdad de un relato que escribió un testigo presencial del hecho estupendo.

Lecciones morales. — A) v. 39. — Señor, ya hiede... — Son palabras quizá de desconfianza, según Teofilacto, porque es cosa nunca oído que resurja un cadáver corrupto; o son de admirar, dice San Beda, porque revelan el contraste entre el estado del difunto y el milagro que Marta espera. O mejor, dice el Crisóstomo, son palabras de confusión para los incrédulos: porque así atestiguan el milagro las manos, que quitan la losa; el oído, que escucha la voz de Cristo; la vista, que se fija en Lázaro que sale de la tumba; y el olfato, que percibe el hedor de la corrupción.

B) v. 41.- Padre, gracias te doy, porque me has oído. — Esto es, dice el Crisóstomo nada hay en mí contrario a ti; no dice que él no puede, o que es inferior al Padre. Jesús no necesita orar para alcanzar la gracia de hacer milagros, como lo hicieron todos los taumaturgos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ora como hombre y obra como Dios. Como hombre puede rogar, para que recibamos nosotros ejemplo; pero como Dios, puede autónómicamente hacer cuanto le place. ¡Cómo debiera descansar en este pensamiento nuestro espíritu cuándo nos dirigimos con nuestras oraciones al Omnipotente Jesús, Padre Hermano y Amigo nuestro!

C) v. 42. —Por el pueblo, que está alrededor... — Oró Jesús, dice San Hilario no porque le faltara poder, sino porque el pueblo estaba necesitado de doctrina. A Jesús le oye siempre el Padre por su consubstancialidad con El como Dios, y porque como hombre no le pedía jamás nada que el Padre le pudiese negar: tal era la conformidad y conveniencia entre la voluntad de Jesús y la del Padre; Pidamos a Dios lo que nos convenga, y pidámosle nos ilumine para saber lo que nos conviene, y nuestra oración tendrá eficacia, porque está empeñada la palabra del mismo Jesús: «Pedid y recibiréis: (Ioh. 16, 24).

D) v. 43. — ¡Lázaro, ven afuera!— Le llama con su nombre, dice San

Agustín, para que sea el que vuelva a la vida; no le dice: «Resucita», dice el Crisóstomo, para demostrar que habla a los vivos como a los muertos; y no le dice, ven en nombre del Padre, para que se vea la plenitud de su poder. Y Lázaro, al punto, salió: es la criatura que ha oído la voz de su Criador; es la muerte que ha soltado la presa al oír la palabra del que es Vida substancial; es el espíritu que ha oído el mandato del Espíritu, y ha vuelto a informar aquel cuerpo, y ambos han acudido, de la oscuridad del sepulcro a la plena luz del sol, a rendir pleitesía al que hizo al cuerpo y al espíritu e hizo de ello un ser humano.

E) v. 44. — Desatadle, y dejadle ir. — Se lo dice, según el Crisóstomo, para que le palpen, y vean que es el mismo; y dice que le dejen ir, por la humildad de Jesús, que no le acompaña, ni le manda que vaya con él para su ostentación. ¡Con qué justeza hace Jesús las obras, aun las más maravillosas! Jamás pierde la serenidad. Se manifiesta cuánto deba hacerlo para lograr sus fines; se oculta cuando no es preciso se manifieste más. Ni el más pequeño asomo de vanidad; ni la más pequeña falta de plenitud en lo que debe hacer: ni más, ni menos. Y siempre las altas conveniencias del espíritu dominando y prevaleciendo sobre toda aparente conveniencia del momento.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966)